

Ética y pobreza

Araceli Damián*

La pobreza, como la belleza, se encuentra en los ojos de quien la mira. Así se expresó Molly Orshansky quien desarrolló la medida oficial de pobreza de EU en 1965. Refleja la actitud que se tiene, desde la visión dominante, en cuanto a este flagelo universal.

¿Cómo identificar el universo de la pobreza si van implícitos juicios de valor y se atribuye a éstos un carácter subjetivo? ¿Son efectivamente los juicios de valor subjetivos? ¿No pueden ser éstos expresiones objetivas de situaciones concretas? Estas preguntas no son contestadas por la mayoría de quienes se abocan a la medición de la pobreza.

A diferencia de otros campos, donde los fenómenos estudiados y medidos, como la distancia entre de cuerpos celestes o el nivel del PIB, son moralmente neutros, en el caso de la pobreza interviene inevitablemente una dimensión moral. La medición de la pobreza conlleva siempre dos elementos: uno se refiere a la situación observada de los hogares y personas, mientras el otro se refiere a las reglas mediante las cuales juzgamos quién es pobre y quién no lo es. Estas reglas expresan el piso mínimo debajo del cual consideramos que la vida humana pierde la dignidad, que la vida humana se degrada.

El enfoque dominante, encabezado por el Banco Mundial (BM) reduce la pobreza a la identificación del elemento más dramático de ésta: el hambre. En el primer informe que el BM dedica a pobreza (1990) define a la pobreza como “la incapacidad para alcanzar un mínimo nivel de vida” y dicho estándar lo elabora “con base en el consumo” (ignorando, a pesar de reconocer su importancia para la determinación del nivel de vida, los bienes proveídos públicamente). Según el organismo, el nivel de consumo mínimo debe incluir “dos elementos: el gasto necesario para alcanzar un nivel mínimo de nutrición y de otras necesidades básicas, y una cantidad adicional que varía de un país a otro y que es reflejo del costo que implica participar en la vida cotidiana de la sociedad (p. 26.)

Del primero de los elementos mencionados afirma que es “relativamente simple” elaborarlo, porque podría calcularse “enterándose de los precios de los alimentos

que forman parte de la dieta de los pobres”. Sin embargo, el segundo elemento es, “por mucho, más subjetivo; en algunos países las tuberías dentro de la vivienda son un lujo, pero en otros son una ‘necesidad’” (p. 27). Como resultado, el BM decide tomar sólo el primer elemento y define un dólar por persona al día como umbral o línea de pobreza, excluyendo a la inmensa mayoría de los pobres del mundo, mostrando su concepción del ser humano, al reducirlo a la categoría de animal ya que, en efecto, ese ingreso alcanzaría, en el mejor de los casos, para mal alimentar a una persona, quedando todas las demás necesidades totalmente insatisfechas.

Entre las razones que posibilitan establecer miserables líneas de pobreza con pretensión universal, destaca el predominio entre los economistas del positivismo lógico, cuya premisa básica es la existencia de la dicotomía hechos/valores. Los hechos están basados en objetos, pueden ser descritos mediante un lenguaje similar al de la física y por tanto son *objetivos*. En cambio, los valores son construcciones “cerebrales” individuales, que no pueden expresarse “científicamente”.

Si aceptamos la dicotomía entre hechos/valores no habría ninguna posibilidad de tener un marco ético para juzgar diversas situaciones del actuar social, ya que cada juicio de valor sería falso o verdadero dependiendo del observador. El predominio del razonamiento positivista lógico ha sido criticado por dos importantes filósofos contemporáneos: Hilary Putnam (*The Collapse of the Fact Value Dichotomy and Other Essays*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 2002) y Martha Nussbaum (de quien hablaré en futuras entregas). El primero desde un enfoque epistemológico y la segunda desde un enfoque de justicia social, desde la perspectiva de género.

Putnam hace notar que del análisis de los rendimientos decrecientes marginales en la utilidad, realizado por Pigou a principios de siglo se deriva que “la utilidad total (con frecuencia identificada con la ‘felicidad total’ por los escritores utilitaristas) de la población como un todo se vería aumentada si se le quitaran mil dólares a Bill Gates en impuestos y se le dieran a una persona indigente; de

manera más general, *otras cosas siendo iguales, la redistribución del ingreso que aumenta la equidad promueve el bienestar.*

Esto provocó una reacción de los economistas más conservadores y, según Putnam, en 1932 Lionel Robbins (uno de los economistas en aquel entonces más influyentes) empezó a convencer a sus colegas que las comparaciones interpersonales de utilidad no tenían sentido. Robbins fue influido por el positivismo lógico y mantuvo fuertes ideas sobre la imposibilidad de la discusión racional en ética, lo que obligaba a dejar las preguntas éticas fuera de la economía. “Con un solo golpe, dice Putnam, se rechazó la idea que los economistas pueden y deben estar involucrados con el bienestar de la sociedad en un sentido evaluativo”. (pp. 53-54).

Al afirmar que el nivel de vida más allá de la mera subsistencia alimentaria es “subjetivo” y, por tanto, dependiente de los ‘valores’ individuales de quien observa, el BM se ubica cómodamente en la esfera del positivismo, y con ello niega, como lo señala Putnam, la posibilidad de alcanzar un consenso razonado para las evaluaciones sociales. Este mismo autor, hablando de Sen, afirma que los términos utilizados por éste (‘funcionamientos valiosos’, ‘bien nutrido’, ‘mortalidad prematura’, ‘auto-respeto’, ‘capacidad de participar en la vida de la comunidad’) son ‘términos éticos gruesos’, embrollados, es decir, son tanto hechos como valores.

Pone el ejemplo de la crueldad de un emperador romano y se pregunta si esto es una descripción o un valor, contesta de manera magistral (la cual no puede ser reproducida aquí por falta de espacio) dado que la crueldad es un hecho porque describe una situación, y un juicio de valor porque se juzga como algo malo, la crueldad es un término embrollado. Para que la economía, sobre todo la del bienestar, atienda problemas importantes como la pobreza, que es un término embrollado, no puede eludir la existencia de cuestiones éticas, lo que permitiría tener una visión más objetiva de la magnitud del problema en el mundo.

*El Colegio de México, adamian@colmex.mx